

SAN JOSE, COSTA RICA

30 Agosto de 1912

Año II



Núm. 40

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCO, Editor

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

El derecho a la salud. - IV

Afirmación comunista.... *Anselmo Lorenzo*

Historia de las ideas morales.

VI. -La moral Védica..... *Paul Gille*

El Problema de la Enseñanza *De Acción Libertaria*

Consejos prácticos..... *Cupertino del Campo*

De todo y de todas. *E. J. R.*

Notas *La Dirección*

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA

Imprenta Alsina

Acusando recibo

Historia de la Literatura Francesa, por ABEL GRENIER, profesor del Liceo Buffon, versión castellana de Manuel Machado (París, Casa Editorial de Garnier Hermanos). Obra muy completa, a pesar de sus reducidas dimensiones. Copiamos la página 512 (hay 834). Viene hablando del teatro de Diderot:

«La naturaleza no nos presenta tipos universales: el distraído, el orgulloso no existen; no hay hombre que sea pura y únicamente distraído u orgulloso; estudiar el hombre en sí, reducido a su pasión dominante, sin tener cuenta alguna de las impresiones que las circunstancias que le han rodeado han debido hacer sobre él y de las huellas que han debido imprimirle, es poner la abstracción en el sitio de la realidad. Asimismo, Diderot propone substituir a los caracteres las condiciones, es decir, «caracteres también, pero particularizados, localizados, modificados por las circunstancias de la vida real, el más considerable de los cuales es la ocupación profesional». En adelante, pues, se representarán todas las clases de la sociedad, el letrado, el filósofo, el comerciante, el juez, el abogado, el político, el ciudadano, el magistrado, el rentista, el gran señor, el intendente; unáense a ellos los parientes de todos los grados: el padre de familia, la hermana, los hermanos, las gentes de todo estado, celibatarios, viudos, casados, huérfanos; «¡cuántos detalles importantes, acciones públicas y domésticas, verdades desconocidas, situaciones extraordinarias, pueden sacarse de este fondo!» Combinando las condiciones con los caracteres, se tendrá no ya el avaro, sino «un magistrado un poco avaro», no ya el misántropo, sino un «intendente ligeramente misántropo» no el hipócrita, sino un negociante «ligeramente hipócrita». La verdad será así respetada y las condiciones (todos los días se crea alguna nueva) rejuvenecerán los caracteres: «Se podría hacer un misántropo nuevo cada cincuenta años». Convirtiéndose el carácter

en lo accesorio y la condición en lo principal, la lucha tradicional del deber y del interés o de la pasión será reemplazada por la oposición de la función desempeñada con los acontecimientos. Por ejemplo, ¿se trata de un juez? «Las funciones de su estado pueden obligarle, ya a faltar a la dignidad y a la santidad de su ministerio y a deshonorarse a los ojos de los demás y a los suyos propios, ya a inmortalarse a sí mismo en sus pasiones, en sus gustos, a sacrificar su fortuna, su mujer y sus hijos...»

Jardín de los Niños, publicación quincenal de cultura infantil, al cuidado de Gonzalo Sánchez Bonilla y Francisco Solórzano G., Alajuela, Costa Rica, tomo I, nº 1.

Interesante revista, que responde bien a su objeto.

¡Luz!, periódico obrero libertario, tomo I, nº 1, México, Avenida de la Paz, nº 57. En primer lugar ostenta esta divisa:

La emancipación de los trabajadores debe ser obra de los trabajadores mismos. — MARX.

Boletín de Educación Pública, se edita quincenalmente en San José de Costa Rica, bajo la dirección de los ilustrados profesores R. Brenes Mesén y J. García Monge.

¡A prepararse!, año I, nº 1, Buenos Aires. En la primera página se lee:

La historia nos demuestra que los que fueron minoría la víspera de la revolución, fueron al día siguiente fuerza predominante. — P. KROPOTKINE.

Organización Obrera, órgano de la Federación Obrera Regional Argentina, Buenos Aires. Entre los pensamientos de la 1ª fila:

¿Qué es un oficial que dice que sí, ante cien soldados que dicen que no? — R. BARRET.

El Jornalero, quincenario defensor de la clase trabajadora. Editor: Julio Reynaga, Trujillo (Perú.)

San José, Costa Rica

— 30 de Agosto de 1912 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 40

El derecho a la salud

IV

Afirmación comunista

He hablado del derecho a la salud, que todos poseemos como miembros sociales, partiendo del principio que sociedad es, ha de ser necesariamente, equidad.

Todos tenemos el deber de conservarnos saludables, pero individualmente no sabemos ni podemos cumplirle, como queda indicado, por las siguientes causas: 1ª Porque la ciencia de la salud, como extensa y complicada que es, exige que a ella se dediquen hombres especiales, y la exigencia es tal, que la complicación morbosa exige además profesores especialistas. 2ª Porque, por atenta y esmerada que sea nuestra manera de conservar la salud, nos acecha constantemente el peligro inevitable de la infección en todas y en cada una de nuestras relaciones sociales en cada momento de nuestra existencia. 3ª Porque cuando enfermamos, por efecto de haberse de retribuir la asistencia facultativa en las onerosas condiciones impuestas por la llamada ley de la oferta y la demanda, no todos podemos pagarla.

El ignorante que llega, sin culpa suya, hasta el punto de vivir como salvaje analfabeto en medio de la civilización, privado del goce de la adaptación del pensamiento universal por su desconocimiento del sencillo mecanismo de las letras; el vicioso que salta sobre las reglas de la higiene y de

la moral, entregándose por placer a la enfermedad; el forzado por el salario a contravenir a la higiene, en su trabajo, en su alimentación, en su vivienda; todos viven en déficit con la higiene, y el último, que pudiera incluirse además entre los anteriores, no puede pagar al médico.

Fijemos la atención en este último punto; es fundamental; su consideración puede servirnos de base para fundar un interesante orden de ideas; el jornalero, el que ocupa el último lugar en la escala del salario, cuando a su vez le toca tristemente el turno de ejercer de patrón y ha de pagar un servicio tan importante y necesario como la asistencia médica, no puede pagarle. La cuenta es clara: supongamos, para facilitar el cálculo, un obrero hábil que gane ₡ 2-00 diarios, padre de familia y que viva al día con privaciones que imposibiliten toda economía. Cae enfermo, cesa el jornal, aunque puede quedarle el subsidio de ₡ 0-50 de algún montepío donde existan esas instituciones previsoras como en Barcelona. Le asiste el médico, que fija el precio de su visita en uno o dos colones. La irreductible imposibilidad salta a la vista. Pero el médico necesita vivir también, y no es justo que la sociedad se desatienda del alto deber de solidaridad con el trabajador enfermo cargándole sobre la generosidad del médico.

Conste que he colocado muy alto el término medio de mi ejemplo, suponiendo un obrero que gane ₡ 2-00, porque dista mucho de ser ese el tipo general, y mucho menos si se tienen en cuenta las crisis industriales y el trabajo agrícola. El resultado es que dos elementos constituyentes de la Sociedad resultan, si no en pugna, en condiciones discordantes: los que, por el trabajo de producción y transporte, satisfacen nuestras necesidades de productos agrícolas e industriales, escasamente pueden vivir; y no pueden ser atendidos facultativamente en caso de enfermedad porque no pueden pagar el servicio a quienes la Sociedad ha constituido en custodios de nuestra salud.

¡Error, injusticia; peor aun; aberración inconcebible! pero no hay que extrañarse, absurdos de tal magnitud abundan en la Sociedad, y lo peor es que, por inveterados, justificados y legalizados por nuestra legislación, y aun santificados por nuestras creencias religiosas, parecen incorregibles, y por tal los tienen santos y doctores, políticos y economistas.

Vano y estéril sería mi trabajo si me limitara a una protesta. Me quejo, protesto, sí; pero a esa acción crítica y destructiva he de unir, valga lo que valiere, mi afirmación constructiva, expresión de mi ideal y resumen de mi intervención en la vida colectiva; lo exige mi conciencia y con ella el respeto a la corporación que me auspicia en este acto y al auditorio que me honra con su asistencia y atención.

En su virtud afirmo que el dinero, con que actualmente se mide la reciprocidad de los servicios, si fué un progreso en su origen, se ha convertido en inmenso obstáculo a todo progreso, como elemento activo de tráfico, negocio, agiotaje, explotación, usura, venta y monopolio. Por él, sus poseedores, dueños de la tierra, de las minas, de las fábricas, de los talleres, de los laboratorios, de los almacenes y de los medios de comunicación y transporte, alquilan, mediante el jornal o

suelo, a los que con sus brazos, su inteligencia o ambas cosas a la vez le sirven o convierten la primera materia en producto adaptable a las necesidades, a los caprichos y aun a los vicios humanos y difunden la producción por todas partes. De modo que los que menos títulos racionales ostentan para el caso, aunque en posesión de los títulos legales, porque tienen dinero y lo acumulan sin cesar con sus ganancias, son los amos, mientras que los provistos de más legítimos derechos, los positivamente productores, pagan tributo a la acesión y sufren todo género de privaciones.

Los servicios prestados a la Sociedad de cualquier género que sean no pueden evaluarse en unidades monetarias, porque la medida exacta del valor es imposible. De dos individuos que hubieran empleado un período igual de su vida en trabajo diferente con igual energía y agrado sólo puede decirse que su trabajo es equivalente, no hay quien determine el valor de un día o de una hora de trabajo. Podrá decirse a bulto que el que dedicó al trabajo durante toda su vida diez horas diarias dió más a la Sociedad que el que sólo empleó cinco, pero no puede decirse que valga doble, porque sería desconocer la complejidad de la ciencia, de la industria, de la agricultura, de la vida entera de la Sociedad presente; sería cometer la enorme torpeza de no reconocer que en todo trabajo del individuo intervienen como resultado y resumen los trabajos anteriores y presentes de la Sociedad.

He de insistir sobre este asunto con una demostración decisiva, evidentísima, del maestro Kropotkine: Consideremos en una mina de carbón el obrero dedicado al ascensor: con su mano en la manivela impulsa o detiene su acción en vista de un indicador en escala graduada que indica con exactitud matemática su situación en cada instante de su marcha. En el momento preciso pára; renovada la carga, en marcha otra vez, y durante la jornada despliega admirables prodi-

gios de atención. Un momento de distracción puede estrellar el ascensor contra las rocas, romper el cable, matar los hombres y detener todo el trabajo de la mina; si pierde tres segundos en cada movimiento de la manivela la extracción de mineral en las modernas minas perfeccionadas disminuye por jornada de veinte a veinticinco toneladas. ¿Es ese el obrero que mayor servicio presta en la mina, o el que desde abajo indica la subida del ascensor, o el minero que tiene en constante riesgo su vida, o el ingeniero que perdería el filón carbonífero y haría extraer piedra inútil por un sencillo error de cálculo, o el capitalista que arriesgó su dinero en la empresa? Todos los que trabajan en la mina según su inteligencia y su energía contribuyen a extraer carbón, y cuanto puede decirse acerca de ellos es que tienen derecho a vivir, a satisfacer todas sus necesidades materiales y morales. Pero ¿quién valuará sus obras? Además, ¿es puramente obra suya, producto exclusivamente suyo ni del propietario legal el carbón extraído de la mina? Sin el ferrocarril minero y sin las vías de comunicación que irra-

dian por todas partes sería imposible la explotación de la mina. Durante la recientemente pasada crisis del carbón se ha demostrado que en España hay buenos y abundantes yacimientos de hulla, pero la industria española consume carbón inglés porque resulta más barato que el español, por no haberse dedicado a su extracción el trabajo necesario para ponerle en condiciones económicas de consumo. ¿Qué harían los mineros sin el trabajo de los que labraron y sembraron los campos, extrajeron el hierro, construyeron las máquinas y así sucesivamente sin solución de continuidad en las relaciones mutuas del trabajo?

No puede hacerse distinción racional entre los productos de cada productor, eminencia científica o simple peón: medirlos para pagarlos conduce al absurdo y a la injusticia. Sólo queda un recurso: no medirlos, no pagarlos y reconocer el derecho a la salud y al más amplio bienestar a cuantos contribuyan a la producción en la bella, racional y justa fraternidad libertaria y comunista.

ANSELMO LORENZO

Historia de las ideas morales

VI

La moral Védica

Del antiguo Egipto pasemos ahora a la India.

Desde los tiempos védicos hasta nuestros días, la India ha sido un vasto laboratorio en que se ha sometido un tipo humano superior, con persistencia y continuidad, a una cultura moral muy particular.

Es interesantísimo notar los efectos y las fases de este largo experimento sociológico.

La primera doctrina de la India fué el animismo, el politeísmo naturalista, inspirador de los himnos llamados

Vedas. Los dioses a quienes se dirigían esos himnos son todas las potencias de la Naturaleza, sobre todo los fenómenos de la luz, las claridades que se suceden de la mañana a la noche, los fuegos que recorren el espacio celeste, en una palabra, los devas, es decir, los luminosos.

El *Rig-Veda* nos muestra una raza sencilla y bárbara todavía, dotada de una imaginación muy coloreada y de gran fervor hacia sus dioses múltiples. No hace aún de esos dioses los guardianes de su moral; son, para los arias védicos, poderosos personajes, invisibles

bles y antropomórficos, a quienes se puede conciliar con convenientes invocaciones y ofrendas.

Las plegarias son interesadas y de una candidez pueril, y en ellas apenas se trata de ideas o de prescripciones morales; sin embargo, se estigmatiza la avaricia y se alaba la liberalidad.

«Hay dos cosas—se lee en el libro indicado—que pasan pronto: el sueño y los malos ricos.»

A los dioses se les califica de «verídicos y misericordiosos.»

Un versículo llega hasta prometer la deificación de los bienhechores.

«El hombre bienhechor—dice—se prepara un lugar en el cielo y se coloca entre los dioses. Los hombres generosos tienen un destino milagroso.»

La única prohibición formal es la del incesto. En un curioso diálogo entre Yama y Yami, hermano y hermana, el primero se niega a las sollicitaciones poco veladas de su hermana.

«No acercaré mi cuerpo al tuyo—dijo.—Se ha declarado pecador al que se casa con su hermana...»

Parece, según este texto, que la prohibición del incesto era de fecha reciente, porque Yami, la hermana, no ve en ello ningún mal.

El *Rig-Veda* nos informa lo mismo sobre el estado social que sobre el moral de los arias védicos. Estaban agrupados en tribus guerreras que tenían sus nobles, sus sacerdotes, labradores, pastores y artesanos, no esclavos todavía. Los sacerdotes, los futuros brahmanes, daban ya la investidura al pequeño jefe bárbaro, y trataban de arrancarle presentes con sus adulaciones.

Hasta después de haberse establecido como conquistadores en la India, los arias védicos no se organizaron en grandes monarquías bárbaras, con castas jerárquicas y cerradas bajo el poder de un rey despótico y teocrático.

Al mismo tiempo, del naturalismo y del politeísmo védicos, el pensamiento indiano pasó al panteísmo brahmánico. Primeramente viéronse

los dioses numerosos y flotantes reunirse bajo tres dioses soberanos; después, detrás de ellos, aparece la gran alma, el *Atma*, que obra por ellos y anima todas las cosas; su órgano es el sol; por último, detrás del sol y de su luz, se entrevé una potencia ideal, a la que se da el nombre de Plegaria o Palabra Santa: *Brahma*.

Toda su jerarquía se complica. En primer término, el mundo de los dioses y de la luz; en segundo, el de los hombres y de la pasión; en tercero, el de los animales, las plantas, la materia y la oscuridad.

El mundo no es sino una inmensa jerarquía de emanaciones que descienden desde la cumbre del ser hasta las insondables profundidades de la nada.

Y eso es verdad también respecto del mundo humano, compuesto de castas superpuestas las unas sobre las otras: las superiores dominando sobre las inferiores, los *bracmanes* o sacerdotes mandando a los *kchatriyas* o guerreros, los guerreros a los *vaisyas* o mercaderes, los mercaderes a los *sudras* o artesanos.

Esta jerarquía de las castas, que vicia en la raíz la moral brahmánica, a pesar de su elevación, no es más que un reflejo de la concepción religiosa: el brahmán procede de la boca de Brahma; el *kchatriya*, de su brazo; el *vaisya*, de su muslo; el *sudra*, de su pie. Y naturalmente, los derechos, los deberes, las responsabilidades, las penalidades varían según la categoría social.

El código de Manú, el gran legislador de la India, nos da sobre este asunto, como en general sobre la moral de esta gran sociedad brahmánica, informes numerosos y precisos.

«Al venir al mundo el brahmán—dice Manú—se coloca en la primera categoría... soberano señor de todos los seres. Todo lo que contiene el mundo es su propiedad. Es inviolable... Después de haber recitado tres veces con el más profundo recogimiento los pasajes más sagrados de los *Vedas* y las fórmulas indicadas al ob-

jeto, el bramán se descarga de todas sus faltas. Un bramán que posee toda la divina escritura no puede ser mancillado por ningún crimen, aunque hubiera matado a todos los habitantes de los tres mundos y aceptado el alimento del hombre más vil.»

Tales son las monstruosas prerrogativas del bramán. De este orden divino de las castas no debía salir jamás el hombre.

Es una ley santa, según Manú, que las castas no deben mezclarse, que los abyectos descendientes de los violadores de la ley sean *parias*, es decir, desechados. «Piedad y conmiseración, al contrario, para todos los otros seres que, estando en su lugar en la Naturaleza, tienen algo de divino.»

A esa crueldad, a esa inviolabilidad sagrada del régimen antihumanitario de las castas se agrega el desprecio de la vida activa. El bien supremo fué declarado ser idéntico a la absorción en el abismo infinito de la eterna identidad. De ella hemos salido todos por caídas necesarias; no entraremos nuevamente en ella sino desprendiéndonos cada vez más del mundo y de nosotros mismos, comprendiendo progresivamente nuestra nada y la nada de las fugitivas determinaciones que nos rodean. Procediendo de esa manera disminuirémos el número de las transformaciones sucesivas que todavía nos separan de la absorción final, y obraremos en ese sentido por la renuncia, la bondad y la vida contemplativa.

«Así como las maniobras del juglar no son más que una vana apariencia —dice la filosofía *vedanta*—; del mismo modo que el espectáculo del mundo es una forma engañosa sin fondo real; lo mismo que el mundo de los sueños es una ilusión, así también el mundo del despertar es semejante a un sueño. Todo lo que es división, separación, reposa sobre una concepción imaginaria. ¿Qué es la creación? La metamorfosis del mundo. La creación es una ilusión producida por la confusión, por la obscuridad existente en los nombres, las formas, etc., y toda

esa confusión nace de la ignorancia. La creación no tiene otra realidad.»

«¿Hasta qué punto, *ioh Baghavat!* —pregunta *Subhut*—, está revestido el perfecto sabio de la gran coraza?», y *Baghavat* responde: «Entonces el perfecto sabio se hace esta reflexión: He de conducir al completo Nirvana las criaturas, cuyo número es inmenso.»

¿A qué se reduce la vida activa cuando está dominada por ese nihilismo, por esa doctrina de aniquilamiento?

Pero, en contraposición, la antigua moral brahmánica se distingue por la benevolencia infinita, que nunca se admiraría bastante si no hubiera llegado hasta la condenación del trabajo y de la acción.

No solamente el fiel a la ley brahmánica ha de abstenerse de hacer mal a los hombres, sino que además ha de respetar y amar todos los seres animados, y tan lejos se lleva el escrúpulo, que está prohibido deshacer un terrón de tierra sin razón o cortar una brizna de hierba con las uñas. Esta cándida benevolencia halla tiernos acentos cuando se aplica a la humanidad y se trata de criaturas débiles y miserables, niños y ancianos, enfermos, y sobre todo de mujeres.

En el *Ramayana* abundan especialmente las prescripciones morales y los actos virtuosos de la mayor importancia.

Examinemos en conjunto la ética hindu en las célebres leyes de Manú, el *Manava-Dharma Sastra*, que mucho antes, que el *Decálogo* hebreo, resumió la moral en estos diez preceptos:

La resignación—la acción de devolver bien por mal—la templanza—la probidad—la discreción—la pureza—la represión de los sentidos—la benevolencia—el conocimiento de los libros sagrados—el conocimiento del Ser supremo.

«El sentimiento de la solidaridad humana y de la responsabilidad de los sufrimientos ajenos—dice *Letourneau*

—tomó en la moral indiana una forma que puede considerarse excesiva.»

No basta decir «solidaridad humana»; hubiera debido decirse «solidaridad universal». El sentimiento de la solidaridad se extendió, en efecto, a toda la Naturaleza, comprendiendo una infinidad de vidas que el sabio debe respetar. «Ciertas gentes—dice positivamente Manú, exagerando el pensamiento panteístico—aprueban la agricultura; pero esa es una ocupación justamente censurada por el sabio, porque la madera armada de un hierro desgarró la tierra y los animales que contiene.»

Observado a la letra, este ultramoralismo hubiera producido la desaparición de la humanidad y el abandono de la tierra a la más feroz animalidad. De ese modo el ultramoralismo es antitímoral en sus consecuencias.

A las diez virtudes primordiales se oponen ocho vicios que no corresponden exactamente a las virtudes. A saber:

1º *El apresuramiento a divulgar el mal.*—2º *La violencia.*—3º *La acción de perjudicar en secreto.*—4º *La envidia.*—5º *La calumnia.*—6º *La acción de apropiarse el bien ajeno.*—7º *La de injuriar.*—8º *La de pegar a otro.* De donde resulta que la tranquila posesión de su voluntad y la bondad son necesariamente las más grandes virtudes.

La mujer es inferior en las leyes de Manú. Según los textos sagrados, debe estar siempre de buen humor. Durante su infancia depende de su padre; en su juventud, de su madre; en su viudez, de sus hijos. Debe venerar a su marido, aunque sea infiel, como a un dios; y, viuda, no debe pronunciar más nombre de hombre que el de su esposo difunto.

Al lado de esta codificación del servilismo familiar abundan las prescripciones y las fórmulas notables y sensibles:

«No pegues jamás a la mujer ni con una flor. La madre vale más que mil padres. El campo vale más que la

semilla. El hombre completo es un hombre-mujer-niño. Donde se honra a las mujeres las divinidades están satisfechas. Encerradas bajo la guarda de los hombres no están seguras las mujeres; éstas sólo están en seguridad cuando se guardan ellas mismas de su propia voluntad. El marido no hace más que una sola y misma persona con su esposa. La unión de una joven y de un joven, resultante de un deseo mutuo, es considerada como el matrimonio de las armonías celestiales.»

En resumen, si comparamos la sociedad hinduana con las que le fueron contemporáneas, lo que ante todo admira es que en su seno la esclavitud era desconocida, cuando por todas partes, en Occidente al menos, había esclavos. Los sudras eran servidores más libres que lo fueron nuestros siervos; y en cuanto a los parias, su condición, mejor que la de los ilotas, no puede compararse más que a la hecha, durante la Edad Media, a los judíos, a los excomulgados y a los leprosos.

No sólo los sacrificios humanos, tan frecuentes en los pueblos primitivos, no ensangrentaron jamás los altares de Brahma, sino que mientras por todas partes los templos eran carnicerías, las ofrendas a los dioses se limitaban a algunas libaciones, a la oblación de algunas tortas, y en los días más solemnes, a la simple representación del sacrificio de un caballo, al que después se le dejaba en libertad.

Tan lejos se llevó el respeto a la vida de los animales, que mientras nosotros, los sedicentes civilizados por excelencia, necesitamos que una ley nos prohíba maltratarles, varias sectas hinduanas condenaban el uso de su carne y se resignaban a una alimentación exclusivamente vegetal.

El sacrificio de las viudas sobre la hoguera de sus maridos, que tanto se ha reprochado al brahmanismo, es una superstición relativamente moderna. Lejos de ordenar nada semejante, Manú da reglas de conducta para las mujeres en estado de viudez.

A pesar del estado de inferioridad y de servidumbre a que estaba reducida la mujer, ninguna de las religiones antiguas, si se exceptúa quizá la de los galos y de los germanos, concedió a la mujer más eficaz protección.

Una mutua benevolencia, una extremada dulzura de costumbres, he ahí lo que produjo la influencia de una doctrina que, viendo en todos los seres sin excepción emanaciones de la Divinidad, había de llegar a reconocer en cada uno de ellos algo de divino y de inviolable.

Pero al lado de esto, el sistema de las castas, consecuencia inevitable de esta creencia, era una flagrante violación de la dignidad humana. Por otra parte, el mérito atribuido a la vida contemplativa, a la ascética, y la persuasión en que se estaba de que todo sobre la tierra no era más que ilusión y vanidad, transformaba la sociedad entera en un vasto convento de donde toda espontaneidad y toda variedad estaban desterradas.

PAÚL GILLE

El Problema de la Enseñanza

Por oposición a la enseñanza religiosa, a la que cada vez muéstranse más refractarias gentes de muy diversas ideas políticas y sociales, se preconiza y actúa las enseñanzas laica, neutral y racionalista.

Al principio, el laicismo satisfacía suficientemente las aspiraciones populares. Pero cuando se fué comprendiendo que en las escuelas laicas no se hacía más que poner el civismo en lugar de la religión, el Estado en lugar de Dios, surgió la idea de una enseñanza ajena a las doctrinas así religiosas como políticas. Entonces se proclamó por unos la escuela neutral, por otros la racionalista.

Las objeciones a estos nuevos métodos no faltan, y a no tardar harán también crisis las denominaciones correspondientes.

Porque, en rigor, mientras no se discernan perfectamente enseñanza y educación, cualquier método será defectuoso. Si redujéramos la cuestión a la enseñanza, propiamente dicha, no habría problema. Lo hay porque lo que se quiere en todo caso es *educar*, inculcar en los niños un modo especial de conducirse, de ser y de pensar. Y contra esta tendencia, toda imposición, se levantarán siempre cuantos pongan por encima de cualquier finalidad, la independencia intelectual y corporal de la juventud.

La cuestión no consiste, pues, en que la escuela se llame laica, neutral o racionalista; o según nuevas y posibles denominaciones naturalista, realista, etc. Esto sería un simple juego de palabras trasladado de nuestras preocupaciones políticas a nuestras opiniones pedagógicas.

El racionalismo variará y varía al presente según las ideas de los que lo propagan o practican. El neutralismo, por otra parte, aun en el sentido relativo que debe dársele, queda a merced del preceptor según el grado en que sea capaz de permanecer libre y por encima de sus propias ideas y sentimientos. Mientras enseñanza y educación vayan confundidas, la tendencia, ya que no el propósito, será modelar la juventud conforme a fines particulares y determinados.

Pero en el fondo la cuestión es más sencilla si se atiende al propósito real más que a las formas externas. Alienta en cuantos se pronuncian contra la enseñanza religiosa, el deseo de emancipar a la infancia y a la juventud de toda imposición y de todo dogma. Vienen luego los prejuicios políticos y sociales a confundir y mezclar con la función instructiva, la misión educativa. Pero todo el mundo reconocerá llanamente que tan solo donde no se haga o pretenda hacer política, sociología o moral y filosofía tendenciosas,

se dará verdadera instrucción, cualquiera que sea el nombre en que ampare.

Y precisamente porque cada método se proclama capacitado no sólo para enseñar sino también para educar según principios preestablecidos y tremola en consecuencia una bandera doctrinaria, es necesario que hagamos ver claramente que si nos limitáramos a instruir a la juventud en las verdades adquiridas, haciéndoselas asequibles por la experiencia y por el entendimiento, el problema quedaría de plano resuelto.

Por buenos que nos reconozcamos, por mucho que estimemos nuestra propia bondad y nuestra propia justicia, no tenemos mejor derecho que los de la acera de enfrente para hacer a los jóvenes a nuestra imagen y semejanza. Si no hay el derecho de sugerir, de imponer a los niños un dogma religioso cualquiera, tampoco lo hay para aleccionarlos en una opinión política, en un ideal social, económico o filosófico.

Por otra parte, es evidente que para enseñar primeras letras, geografía, gramática, matemáticas, etc., tanto en su aspecto útil como en el puramente artístico o científico, ninguna falta hace ampararse en doctrinas laicistas o racionalistas que suponen determinadas tendencias y, por serlo, contrarias a la función instructiva en sí misma. En términos claros y precisos: la escuela no debe, no puede ser ni republicana, ni masónica, ni socialista, ni anarquista, del mismo modo que no debe ni puede ser religiosa.

La escuela no puede ni debe ser más que el gimnasio adecuado al total desarrollo, al completo desenvolvimiento de los individuos. No hay, pues, que dar a la juventud ideas hechas, cualesquiera que sean; porque ello implica castración y atrofia de aquellas mismas facultades que se pretende excitar.

Fuera de toda bandería hay que instituir la enseñanza, arrancando a la juventud del poder de los doctrinarios aunque se digan revolucionarios. Ver-

dades conquistadas, universalmente reconocidas, bastarán a formar individuos libres intelectualmente.

Se nos dirá que la juventud necesita más amplias enseñanzas, que es preciso que conozca todo el desenvolvimiento mental e histórico, que entre en posesión de sucesos e ideales sin cuyo aprendizaje el conocimiento sería incompleto.

Sin duda ninguna. Pero estos conocimientos no corresponden ya a la escuela y es aquí cuando la neutralidad reclama sus fueros. Poner a la vista de los jóvenes, previamente instruidos en las verdades comprobadas, el desenvolvimiento de todas las teologías, de todos los sistemas filosóficos, de todas las formas de organización pasadas, presentes y futuras, de todos los hechos cumplidos y de todas las idealidades, será precisamente el complemento obligado de la escuela, el medio indispensable para suscitar en los entendimientos, no para imponer, una concepción real de la vida. Que cada uno, ante este inmenso arsenal de hechos y de ideas, se forme a sí mismo. El preceptor será fácilmente neutral, si está obligado a enseñar, no a dogmatizar.

Es cosa muy distinta explicar ideas religiosas a enseñar un dogma religioso; exponer ideas políticas a enseñar democracia, socialismo o anarquía. Es necesario explicarlo todo, pero no imponer cosa alguna por cierta y justa que se crea. Sólo a este precio la independencia intelectual será efectiva.

Y nosotros, que colocamos por encima de todo la libertad, toda libertad de pensamiento y de acción; que proclamamos la real independencia del individuo, no podemos preconizar, para los jóvenes, métodos de imposición, ni aun métodos de enseñanza doctrinaria.

La escuela que queremos, sin denominación previa, es aquella en que mejor y más se susciten en los jóvenes el deseo de saber por sí mismos, de formarse sus propias ideas. Donde quiera que esto se haga, allí estaremos con nuestro modesto concurso.

Todo lo demás, en mayor o menor grado, es reparar los caminos trillados, encarrilarse voluntariamente, cambiar de andadores, pero no arro-

jarlos. Y lo que importa precisamente es arrojarlos de una vez.

(De *Acción Libertaria*)

Artículo que gustosamente hacemos nuestro. — ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS.

Consejos prácticos

Hace algunos años que el ilustre profesor Fierzaimateria pronunciaba, al inaugurar sus cursos en nuestra facultad de medicina, el admirable discurso que va a leerse en seguida. A pesar del escaso tiempo transcurrido, este admirable discurso ha sido tan olvidado como el libro sobre cristianismo anárquico que dió a luz, allá por el siglo xv, el joven Pedro, de que nos habla el místico conde Tolstoi.

Este admirable discurso no es para ser ingerido en una sola dosis; debe ser tomado a pequeñas cucharaditas, media hora antes de las comidas, pues de otra manera el paciente se expone a asistir al desarrollo de algún fenómeno trágicamente patológico en la intimidad de sus vísceras, sufriendo durante toda su vida de accesos paroxísticos de cólico hepático a petición o bien de un pequeño delirio de persecuciones con alucinaciones terroríficas.

Tiene la palabra el maestro.

Jóvenes estudiantes:

Ustedes deben pirograbarse bien en la cabeza esta profunda verdad: el hombre ha nacido para hacer plata o, para hablar con más corrección, el hombre es un sencillo mecanismo receptor de pesos.

Mucho se ha discutido, desde la antigüedad, sobre cuál es el órgano más noble de la economía humana. Algunos psico-fisiólogos han dicho que el corazón, otros que el cerebro y no ha faltado quien sostenga con buenos argumentos, como pueden ser sostenidas las ideas de cualquier color, que es el estómago. El filósofo Descartes le daba una enorme importancia a la ino-

siva glándula pineal, pequeña cajita donde, según él, estaba encerrada el alma. Pues bien; las investigaciones modernas han puesto en evidencia y han probado matemáticamente que el órgano más noble de la economía humana es el bolsillo del pantalón donde se guarda la cartera con dinero.

A no menos acaloradas discusiones se han librado los hombres de ciencia de todas las edades para averiguar qué es lo más grande y más bello que existe en la naturaleza. Algunos—los católicos y los pintores coloristas—han sostenido que es el cielo; otros—los escrofulosos y los dueños de hoteles balnearios—que es el mar; otros por fin—los poetas y los vegetarianos—que es el bosque. Pues bien; las investigaciones modernas han puesto en evidencia y han probado matemáticamente que lo más grande y más bello que existe en la naturaleza es la caja de hierro donde se guarda el dinero más o menos mal habido.

De todo esto se deduce lógicamente que un hombre al hacer o pensar no importa qué cosa, debe tener siempre el pensamiento fijo en el órgano más noble de la economía humana (el bolsillo del pantalón) y en lo más grande y más bello que existe en la naturaleza (la caja de hierro), porque no es posible vivir sin ideales y en nuestro corto y doloroso paso por la tierra necesitamos dirigir nuestra mirada hacia algo superior que brille arriba de nuestra cabeza y nos guíe y nos conforte.

Así, pues, jóvenes estudiantes que ingresáis en la Facultad de Medicina, no apartéis jamás la vista de la estrella doble que brilla en el cielo científ-

co. Pensad siempre en el bolsillo del pantalón y en la caja de hierro, porque el estudio de la medicina tiene por único y exclusivo objeto llenar lo mejor y más pronto posible estos dos compartimentos de la estrella doble.

Tener plata es el fin supremo de la vida y la única fórmula conocida (consultese los recetarios) para llegar a la felicidad perfecta. Es inútil que el pobre diablo de moralista francés Carlos Wagner, que fué llamado expresamente para dar conferencias en los Estados Unidos por el Presidente Roosevelt, pretenda engatuzarnos con la canción de la «Vida simple», digno «pendant» de la insulsa «Vida intensa»; es más inútil que el infeliz evolucionista Spencer dedique largos párrafos numerados a la «simpatía» y nos cuente que los placeres sólo pueden obtenerse en este mundo por medio del trabajo, y es mucho más inútil que el paradójal y antiuniversitario Le Bon escriba, en bastardilla, que «la elevación de un carácter puede medirse por la fuerza inconsciente de su moralidad». Todas estas son bellas teorías y bellas palabras que se destruye fácilmente con el hecho conocido de que todo el mundo se inclina reverente ante el millonario y que nuestra felicidad no puede depender de otra cosa sino del número de cabezas que se inclinan ante nuestro paso. Tantos pesos, tantas cabezas.

Tienen razón las cabezas que son, al fin y al cabo, las únicas que pueden tener razón: la fortuna lo contiene todo. El millonario es inteligente, distinguido y hasta buen mozo. Y aun admitiendo por chacota la absurda hipótesis contraria, siempre resultaría que el millonario podría pagar un hombre inteligente para que pensara por él, un hombre distinguido para que se distinguiera por él, y un buen mozo para que hiciera el amor por él.

Bien, pues; hay que tener en cuenta, entonces, que no sólo se estudia medicina porque es indispensable y epidémico en nuestra tierra ser doctor en cualquier cosa, sino, principalmente, por aquello del bolsillo, de la es-

trella doble y de las cabezas que se inclinan «como las flores del perfumado verjel al soplo del blando cefrillo» que dicen los poetas.

Así, pues, jóvenes estudiantes que ingresáis en la Facultad de Medicina, no abandonéis nunca este ideal primer motor y arreglad vuestra conducta para la pronta obtención del fin glorioso y para la rápida realización de vuestras bellas esperanzas.

Para esto es necesario seguir, ante todo, un método de estudio práctico y lógico, es decir, es necesario estudiar «universitariamente». Se entiende por esto último estudiar para pasar en el examen y no para saber, porque el que estudia para saber corre el riesgo inmediato de hacerse reprobar y el remoto del fracaso profesional. En verdad os digo que no hay como ser asno para tener suerte.

Estudiar universitariamente significa dedicar preferente atención a las preguntas inútiles del programa, es decir a casi todas las preguntas, porque aquel que sepa responder mejor a tales preguntas será, no lo dudéis, el que obtendrá las más altas calificaciones. Todos los profesores de todos los siglos han pensado con sobrada razón que el vil utilitarismo debe ser desechado del templo de la ciencia y que el verdadero sabio es aquel que, elevándose sobre el resto de los mortales, llena su cabeza de pequeños detalles inconexos que el aludido resto ignora, so pretexto de que no sirven absolutamente para nada. ¡Funesto error! sirven para embaucar ingenuos, que es el exacto equivalente de hacer carrera. El mal estudiante que pretenda tener, al fin de sus estudios, una idea más o menos completa del conjunto de su ciencia, y que crea que el médico aprende para curar, descuidará las sutilezas científicas, perderá miserablemente su tiempo y llegará viejo, si es que llega alguna vez, a la posesión del ansiado pergamino.

Hasta aquí la parte teórica. Pero la enseñanza de la medicina es teórico-práctica. La parte teórica ya la conocéis ¡oh jóvenes!, consiste en leer y

leer siempre los textos más largos y más confusos que son sin duda alguna los más científicos. La parte práctica es más compleja y constituye un arte difícilísimo; es el arte de hacerse simpático al profesor y darle, a la brevedad posible, pruebas de un real aprovechamiento. Para hacerse simpático conviene no faltar a clase y ser tanto más puntual cuanto más inservible sea el maestro, porque un maestro inteligente sabrá distinguir en el examen al alumno preparado y un maestro de cortos alcances estará profundamente convencido de que para saber algo es necesario escuchar lo que él explica o confunde, aunque haga en la clase lo que hacen todos los maestros de cortos alcances: limitarse a repetir al pie de la letra un libro que el alumno conoce y puede consultar cómodamente sin moverse de su casa. Si este maestro ha escrito por casualidad un libro copiado — errores inclusive—de otro no menos copiado y que ha cubierto de gloria al autor, el buen estudiante hará admirablemente bien en recitar, cada vez que se le ofrezca la oportunidad, lo más como loro que le sea posible, las páginas del librejo. En una palabra, el alumno debe convertirse en perfecto copista del copista. Es la única manera de mantener la homogeneidad en la preparación de las docenas generaciones que se van diplomando sucesivamente.

Puede pareceros, a primera vista, que el procedimiento es un poco servil y no menos aburrido, pero tened en cuenta que el valor del hombre independiente es nulo, porque sucumbe luchando contra inmensas mayorías de serviles, y que una de las fases más serias y más recomendables de la ciencia es precisamente su aburrimiento. Buscar el lado ameno, movido e interesante de la ciencia es una profanación, como lo dice cualquiera de esos sabios de raza, que son, como ustedes saben, las bibliotecas semovientes más aburridas y aburridoras que existen en el planeta.

Siguiendo este sencillo método, el tiempo se desliza agradable y rápida-

mente; todo va bien y todo concluye bien; se obtiene legítimamente el diploma y se deja una brillante hoja de servicios en la Facultad, que es algo así como la primera rendija de la puerta por la que se debe pasar para llegar a la cátedra. Es cierto que se sale sin saber un demonio, pero esto mismo es una gran ventaja, porque el que sabe piensa y duda, lo que produce un efecto desastroso en la clientela. Nada más provechoso que afirmar con la inmensa convicción de la ignorancia.

Lo primero que hay que pensar, una vez que se tiene el pergamino debajo del brazo, es que la humanidad esta compuesta por dos clases de individuos: los que son doctores y los que no lo son y que, si suele ocurrir el caso de que alguno de estos últimos sea, aun desde el punto de vista intelectual, muy superior a algunos de esos primeros, es urgente demostrar que esta verdad es una solemne mentira. Esto se consigue usando dos procedimientos simultáneos, que consisten en fruncir el ceño y en no hablar. Frunciendo el ceño se hace suponer a todo el mundo que, allá en el interior de la masa encefálica, se está desarrollando una escena terriblemente intelectual y compleja, y no hablando se evita que la gente llegue a sospechar todo lo contrario.

Con esto, ya se puede entrar de lleno en el ejercicio de la profesión. Es cuestión de ir haciendo, entre un certificado de defunción y otro, un poquito de filosofía positiva, como, por ejemplo, la siguiente:

Si el diploma de doctor en medicina tiene por único y exclusivo objeto hacer plata, sería un error imperdonable y peligroso el querer hacerlo servir para otra cosa; sería como pretender extraer una catarata con un nocturno de Chopin. El diploma no puede sacar más plata que de una cosa: esta cosa es el enfermo. Es necesario, por consiguiente, desagotar al enfermo. Para ello conviene asustarlo, asombrarlo, y embromarlo. Asustarlo, probándole, más o menos disimuladamente, que el médico que lo asiste es el único capaz

de curar la terrible (siempre debe ser terrible, pero curable) enfermedad que padece y que todos los demás colegas son una recua de borricos y bribones. Asombrarlo, recetando con la más ilegible letra las drogas más complicadas y desconocidas, y lanzándole a boca de jarro y sin respirar los más incomprensibles tecnicismos, so pretexto de explicar el «proceso». Embromarlo, prolongando la asistencia hasta el límite de su paciencia y visitándole a cada rato por exceso—así hay que decirle—de interés y de cariño.

Todo esto se logra muy fácilmente explotando la ignorancia del enfermo en la materia y el tino admirable que tiene éste para preferir al que lo engaña. Pero es necesario, jóvenes que me escucháis, reservar estas cosas y no contarlas en público, porque el día que lleguen a ser conocidas, ese día será más difícil llenar rápidamente ambos compartimentos de la estrella doble. Por eso, jóvenes estudiantes y futuros médicos, os pido encarecidamente que no las publicuéis en los diarios. Se trata de secretos profesionales que deben quedar en familia.

Hay, sin embargo, dos pequeños obstáculos en la carrera del sabio: uno se llama compasión y el otro se llama conciencia. Pero no os alarméis, jóvenes estudiantes. Pronto aprenderéis en el ejercicio de la profesión que la compasión es un sentimiento inferior y despreciable, que sólo sirve para hacernos dar traspies en el camino de la gloria y la fortuna. Meditad esta verdad incontestable: el verdadero sabio sólo se queja cuando le duele la mueca propia y recordad que las impresiones dolorosas despertadas por los agentes que excitan las terminaciones periféricas de los nervios sensitivos de los extraños, son percibidas únicamente por los cerebros extraños y nunca jamás por el nuestro. «A mí no me duele el dolor del prójimo», dice el aforismo. Vuestros conocimientos fisiológicos os pondrán pues, a cubierto de este primer pequeño falso obstáculo.

No me voy a detener mucho respecto al segundo. La conciencia es un mito: no existe. La punta acerada del escalpelo jamás la ha descubierto en el interior del cuerpo humano. En vano se abrirá el corazón y se raspará la superficie de las paredes internas de los ventrículos y las aurículas; en vano se aplicará el microscopio y se examinará, una por una, sus fibras musculares. En vano se practicará todos los cortes del cerebro que recomiendan los autores clásicos, y a simple vista y con la lente se buscará en el interior de la substancia blanca y de la substancia gris; siempre se llegará a la conclusión de que la conciencia es una simple invención anticientífica.

Combatid, pues, combatid heroicamente esos dignos prejuicios; uníos; formad círculos cerrados de socorro mutuo y agencias de consultas y de tapujos, y negad el pan y el agua al colega desleal y traidor que se independiza, que en la Facultad estudió para aprender, que se recibió de médico para curar, que cree que existe en la economía humana un órgano más noble que el bolsillo del pantalón, que hay en la naturaleza algo más grande y más bello que la caja de hierro, que la conciencia es algo más que una palabra vana y que el verdadero ideal brilla más alto y con claridad más intensa que la estrella doble que deslumbra a los esclavos del dinero.

Y después, pasead en carruaje vuestros científicos cuerpos sin alma, haced sonar el oro y hacedos admirar por vuestras propias víctimas; hacéos avaros, porque si el mérito se mide por la bolsa, gastar plata es gastar mérito, y moríos dejando una inmensa fortuna, en la seguridad de que vuestro entierro será suntuoso y de que los más bellos y grandilocuentes discursos de alabanza han de resonar en vuestras tumbas.

Y que Dios os lo pague y que la Patria os lo agradezca.

CUPERTINO DEL CAMPO

De todo y de todos

Congreso de educación moral.

—En estos últimos días de agosto ha debido reunirse en La Haya el segundo congreso internacional de educación moral. Su fin es: asegurar la confrontación amistosa de todos los principios — racionales o sentimentales, confesionales o laicos — que pueden inspirar a los educadores en la obra de elevación del nivel moral de las generaciones a su cargo.

«Querriamos — declara el Comité francés, presidido por Boutroux — que todas las doctrinas y todas las creencias, filosóficas o religiosas, se encontraran en la delegación francesa de La Haya; querriamos probar a los demás y probarnos a nosotros mismos que, cualquiera que sea la divergencia de ideas, somos capaces de unirnos en un respeto mutuo, en un común amor de la infancia, en un igual cuidado del porvenir moral de la humanidad»

Federico Passy.—Con motivo de la celebración del cincuentenario de la elección de Federico Passy a la presidencia de la Sociedad de Economía Política de Francia, dice el eminente escritor: «Es menester que me pregunte yo a qué debo lo que llamáis vuestro homenaje? Me lo acaban de decir y yo no lo rechazo, pues hay que guardarse a la vez de la ostentación y de la falsa modestia: lo que habéis querido honrar en mí es lo que se ha llamado la unidad de mi vida; es, no diré la ausencia de ambición, sino la ambición única y perseverante de ser útil, el sentimiento de un deber que cumplir, de una deuda que pagar a la humanidad, y la fe en la posibilidad como en la obligación de contribuir, por poco que sea, al progreso general».

Contra la tuberculosis.—Algunas palabras del discurso de JOSÉ REINACH al tomar posesión de la presidencia del grupo de defensa contra la tuberculosis, recientemente constituido en la Cámara francesa:

... Y comprendo bien que en los países, como Inglaterra y Alemania, donde la mortalidad general y, particularmente, la mortalidad tuberculosa han disminuído en notables proporciones, no hay que atribuir la causa únicamente a las medidas directas de la higiene, sino que hay que reconocer la parte debida al mejoramiento de las condiciones económicas: aumento de los salarios, disminución de las horas de trabajo, progreso del bienestar general, según lo ha demostrado el profesor Armaingaud en un informe que constituye autoridad. ¿Pero qué debemos deducir de esto si no es que todo está ligado en el organismo social como en la misma naturaleza? Me ha bastado recordaros con una palabra los lazos íntimos existentes entre el problema de la tuberculosis y el del alcoholismo: el alcohol debilita al bebedor y lo entrega indefenso a la enfermedad. En otro lugar he señalado el paralelismo casi exacto entre los progresos del alcoholismo y los de la criminalidad, la locura y el raquitismo. Conocéis, las conocéis demasiado, las repercusiones de esas dos plagas asociadas sobre la natalidad, sobre la disminución de nuestro efectivo de raza y de nación. Y la palabra, la gran palabra de Mirabeau, en vísperas de la Revolución, me viene a la memoria: «LA FUERZA INTERIOR ES LA PARTE MÁS ESENCIAL DE LA POLÍTICA EXTERIOR».

El Index.—De la conclusión de un profundo artículo publicado en la *Revue Bleue* (24 feb. 1912), tomamos:

Para probar que el dogmatismo católico es hostil a la investigación libre, nuestros adversarios no tienen que hacer más que abrir el catálogo del *Index* y mostrarnos no sólo las condenaciones contra Copérnico, Kepler, Foscarini, Galileo, etc., sino también la condenación del genio francés proscribido en las obras de sus más ilustres

representantes, Montaigne, Descartes, Pascal, Montesquieu, Malebranche, Lamennais, etc., etc. De modo que se puede afirmar que la ciencia y la filosofía son, para los católicos, lo que la belleza de una mujer era para los monjes de la Edad Media: El Index los aguarda en el camino que conduce a esta belleza peligrosa y les impide acercarse.

El mismo culto del Sagrado Corazón, que constituye hoy una de las más grandes devociones entre los católicos de todo el mundo, fué al principio acogido con frialdad por Roma, y fué puesta en el Index la obra escrita por un ilustre religioso en favor de esta devoción.

Los Goncourt. — Frank Harris, distinguido crítico inglés que en otro tiempo vivió en París y conoció de cerca a los grandes poetas y novelistas franceses, ha hablado últimamente en *The Academy* de los hermanos Goncourt. Aquí van algunas líneas:

¿Y qué cosa queda ahora de la obra de los Goncourt? ¿Tuvieron ellos razón de creerse más importantes que sus contemporáneos célebres, o bien fué justo el veredicto popular?

En semejante caso, cada uno debe hablar por propia cuenta y a mí me parecen los Goncourt muchísimo más interesantes que Daudet, Zola y aun Flaubert.

Los Goncourt sufrieron, trabajaron, hicieron tarea útil y no recibieron ninguna recompensa; pero los hombres más criticados, los menos atendidos, ejercieron la más fuerte influencia moral en Francia durante la última mitad del siglo XIX.

Poco antes de su muerte, fué presentado a Edmond de Goncourt. Más bien negligentemente acogió mi admiración entusiasta. Había aprendido a vivir sin ser apreciado y a trabajar sin

pensar en el éxito, aunque ya, en ese tiempo, algunos jóvenes le mostrarán, rindiéndole homenaje, que su labor no había sido vana y que los Goncourt tenían asegurado su lugar en el firmamento de la gloria literaria, cual dos estrellas gemelas.

Pero él llevaba pintadas las señales de una lucha larga y penosa. Mantenía muy derecho su delgado busto, a despecho de la edad y de la debilidad, y miraba cara a cara, como pudiera hacerlo un atrevido y alerta oficial de caballería. Su expresión descubría también una respuesta violenta ya lista, como de quien se cree expuesto a recibir una ofensa. En una palabra, su actitud era indebidamente hostil, efecto en parte del bigote blanco erizado, de la nariz recta y de la ancha frente, pero sobre todo de los ojos penetrantes, tristemente descontentos.

Empero, tras ese descontento y esa actitud, transparecía una sombra de sufrimiento y de tristeza.

Así nos aparecen los soldados de verdadera fe, que han combatido por la buena causa en las primeras filas y han hecho avanzar en la obscuridad el estandarte luminoso; soldados cuya suerte es caer y morir sin señal de victoria ni esperanza de recompensa: guardianes fieles del ideal, que mueren en el silencio y en la soledad, lejos de los elogios y de los honores.

El ocaso de los himnos. — Tal es el título de un artículo recientemente publicado por Zozaya en *El Liberal*, de Madrid; artículo tan aplaudido por unos como violentamente atacado por otros.

Así termina el artículo:

«Pero la libertad no puede morir. Si no puede ser patrimonio de todos, tiene que serlo de los mejores. La fraternidad misma es desmentida, y casi se nos antoja que somos dos razas:

... Únicamente conocemos maestros de escuela. Donde ellos están—solos o asociados; en el taller, en la fábrica, en el laboratorio, en la casa de comercio, en el campo, en cualquier hogar,—ahí están las verdaderas escuelas, las escuelas sin nombre y sin plan oficial.

una de siervos y otra de ciudadanos. Ni es posible dar la ciudadanía a los primeros ni la opresión a los segundos. Una turba grosera hace imposible la emancipación. Una aristocracia mental y moral afirma su personalidad y exige sus indiscutibles derechos. La forma política del porvenir es el patriarcado; sea para los que prueben su aptitud para la ciudadanía, la gloria de conservar derechos que sólo pueden servir a verdaderos hombres; resérvese a los otros el rubor de una *capitis diminutio*, que no pueden sufrir todos los humanos sin mengua de su decoro y racionalidad.»

Ciencia e industria.—1. El siglo XIX ha sido llamado siglo del vapor y de la electricidad; con igual razón habría podido llamarse siglo de la química, puesto que no es menos considerable la parte de esta ciencia en la revolución económica entonces producida.—P. ASTIER, 29 junio, interpelado en el Senado francés sobre la enseñanza técnica superior.

2. El desarrollo progresivo de la industria sigue paralelamente al de la ciencia misma, y las naciones en que es más intensa y mejor utilizada la producción intelectual, son las que acaban por ejercer la supremacía en el campo de la industria.—HALLER, Informe acerca de las artes químicas en la Exposición Universal de 1900.

3. El progreso de la humanidad está tan estrechamente ligado al pensamiento científico, considerado bajo su doble aspecto de concepción y de realización, que el uno y el otro parecen constituir como términos alternativos en la historia de la civilización. LORD PLAYFAIR, 1885, en Aberdeen.

4. Los países que desatiendan las luces de la ciencia, verán infaliblemente, según las palabras proféticas del ilustre Humboldt, decaer su prosperidad, a medida que se desarrollen y fortifiquen las naciones vecinas bajo

la influencia vivificante de las artes y de las ciencias.—HOFFMANN, 1848, Informe sobre el Colegio de Química de Londres, en Berlín.

De una carta.—De una carta de Gerardo Arundel, exprofesor del Liceo de Costa Rica, copiamos:

«... Como usted verá no se publicó en dicho periódico¹ mi nombre al pie de todos mis artículos. Esto no es extraño, porque jamás se publica el nombre de un mismo autor con dos, tres o cuatro contribuciones. También notará Ud. que el nombre del propietario aparece con mi artículo «Hércules y las Serpientes». Tampoco es ello extraño, porque en esta ciudad de Londres encuentra uno más fraude y falsedad, más estupidez y mentira que en cualquier otra parte del mundo, debido a la densidad de población y al triunfo del sistema económico de la civilización moderna—sistema vicioso que ningún hombre de talento y de corazón puede alabar sin sentir remordimiento de conciencia—».

... «En la primavera del año pasado estuve en Irlanda, y algunos de sus lugares encantadores me trajeron a la memoria fragmentos poéticos de las escenas de su querida Costa Rica».

El jugo de los tallos de plátano.—Hace unos 3 años circularon en Costa Rica las primeras noticias de los experimentos hechos en el Brasil con «la leche de mata de plátano» en el tratamiento de la tuberculosis. Descartada la ilusión que acompaña a cada nuevo ensayo de medicación tuberculosa, creemos sin embargo poder señalar ya dicho tratamiento como no despreciable recurso para las personas enteramente desvalidas que no pueden someterse a «curación racional».—Haciendo caso omiso de los glucósidos (no definidos aún) y de los azúcares y gomas (que parecen sin importancia),

¹ *Health & Vim.*

Los sentimientos religiosos son, a nuestro juicio, de un orden semejante al de los sentimientos musicales. Como determinantes de acciones humanas, no les concedemos mucha importancia.

hay en el jugo de los tallos de plátano una buena proporción de tanalbinas (que no son simples mezclas de tanino y albuminoides) y de sales minerales (particularmente nitrato de potasio). La acción de las tanalbinas en diversas infecciones (intestinales y otras) no puede ser negada; ni puede tampoco desconocerse la acción del nitrato de potasio y de las sales que lo acompañan.

El triunfo de la cocosa.—Parece ya completamente demostrado en Francia que la *cocosa* o manteca de coco purificada es la grasa de más fácil digestión. Los enfermos del estómago, los ancianos, los niños, la toleran muy bien.—Desde el punto de vista puramente culinario, no se oyen hasta ahora sino voces de entusiasmo. La manteca, el aceite de olivas y la mantequilla pierden la batalla en la cocina.

La falsificación oficial.—Diríase que nada importa al Supremo Gobierno de Costa Rica la suerte que corran nuestras incipientes industrias. Véase el caso particular de las que emplean el alcohol como vehículo: fabricación de barnices finos, preparación de tinturas y espíritus medicinales, fabricación de aguas para tocador (de florida, etc.), etc. A los cambios bruscos e impremeditados de las tarifas oficiales, han sucedido las falsificaciones por cuenta del Estado. Al desequilibrio económico, ha venido a sumarse el descrédito comercial de los pequeños laboratorios que, ateniéndose a la «buena fe» del Gobierno, han empleado sin previo ensayo los productos de la Fabrica Nacional.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

NOTAS

En adelante, **RENOVACIÓN** saldrá los días 10 y 25 de cada mes.

La *Colección Ariel* publicará en breve *El Pájaro Azul* de Maeterlinck. Es una obra admirable de arte y de pensamiento. Debemos estar satisfechos de que sea en Costa Rica en donde se haga la primera traducción castellana de tan magnífica obra. Nuestro colaborador don Elías Jiménez Rojas en el n.º 11 de **RENOVACIÓN**, hace muy halagüeñas declaraciones respecto de *El Pájaro Azul*.

Que los amantes de las bellas letras no dejen de adquirirlo es nuestro anhelo.

Cordelia. Con este nombre se anuncia una nueva revista mensual dedicada a la mujer costarricense. Publicará en sus páginas literatura sana de cerebros femeninos bien conocidos en el extranjero y en el país.—Cada número vale 10 céntimos. La suscripción anual vale ₡ 1-00, pago anticipado.—Hacer los pedidos al Director,

José-Fabio Garnier, apartado 42, Heredia (C. R.).

La «Sociedad de Agencias Editoriales» Falcó & Zeledón, acaban de recibir cuatro obras nuevas de la Biblioteca Domenech, de Barcelona y todas las novelas del escritor francés Emilio Zola.

Hemos recibido la sentidísima novela, de fama mundial, del insigne novelista americano Jorge Isaacs, **MARIA**.

La edición de esta obra a cargo de la «Biblioteca Domenech» es la mejor de cuantas se han publicado.

Contiene 384 páginas de lectura e impresa en papel satinado.

Está ilustrada profusamente con hermosos grabados por el celebrado dibujante J. Junceda.

La encuadernación es una obra de arte.

En breve serviremos los pedidos de tan interesante novela.

Agradecemos el envío del ejemplar al señor Domenech.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS

alternadas con

LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.

Manzana de Anís, Francis Jammes.

El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.

Jacobé, Joaquín Ruyra.

Zalacain el aventurero, Pío Baroja.

Juventud de Principe, W. M. Forster.

Tom Sawyer, detective, Mark Twain.

El amor catedrático, G. Martínez Sierra.

La enjuta, Victor Catalá.

Dios salve á la Reina!, Allen Upward.

La bella dormía en el bosque..., François de Nion.

Rebeldía, Joaquín Dicenta.

El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.

Casa por alquilar, Carlos Dickens.

Minnie, Andrés Lichtenberger.

El dragón de fuego, Jacinto Benavente.

Boda oficial, R. H. Savage.

Rey en la tumba, Anthony Hope.

Fausto, Ivan Turgueneff.

El silencio, Eduardo Rod.

Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.

Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.

Ernestina, Prudencio Bertrana.

El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.

Las cerezas del cementerio, G. Miró.

El espada Montes, Frank Harris.

La voz de las campanas, C. Dickens.

Nerto, Federico Mistral.

El Lunar, Alfredo de Musset.

Ansias de Vida, Luis Q. Huertos.

El cadáver viviente, León Tolstoi.

EN PRENSA

En preparación la sentidísima novela, de fama mundial, del insigne novelista americano JORGE ISAACS, **MARIA**.

La edición de esta obra á cargo de la «Biblioteca Domenech» será la mejor de cuantas se hayan publicado.

La ilustrará profusamente el celebrado dibujante J. JUNCEDA.

Sus hermanas, Henri Lavedan.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Nerto. — El Lunar. — Ansias de Vida. — El cadáver viviente.

Podemos servir todas las obras que estaban agotadas

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑIA

En la Sociedad de Agencias Editoriales DE FALCÓ & ZELEDON

Están á la venta las siguientes importantes obras:

Un drama bajo Napoleón I

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

El misterio de Clomber

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

Varias Historias

por MACHADO DE ASSIS. Un tomo empastado: ₡ 1.00.

A bordo y en tierra

por FENIMORE COOPER. Dos tomos empastados: ₡ 2.00.

La gloria de don Ramiro

por ENRIQUE R. LARRERA. Un tomo empastado: ₡ 1.50.

Las Tenazas

por PABLO HERVIEU. Comedia en tres actos: ₡ 0.50.

Album Renovación

Tenemos en venta interesantes tarjetas postales fotográficas, con retratos de hombres célebres. Cada serie vale 2 colones y consta de 10 tarjetas. Está ya lista la primera serie: Reclus, Zola, Ferrer, Lorenzo, Michel, Bakunin, Faure, Gori, Hamon, Ugarte.—Los pedidos deben ir acompañados del importe. Extranjero: 1 dolar oro americano.

La destrucción de Cartago

por EMILIO SALGARI. Consta de 12 cuadernos, á ₡ 0.20 cada uno.

Auxiliar del Arquitecto y del Ingeniero constructor

por CARLOS SÉR, Ingeniero Civil. Un tomo empastado, con varios grabados: ₡ 3.00.